

Los enemigos

Al igual que la identidad de nuestros amigos dice mucho de cómo somos nosotros, lo dice también la identidad de nuestros enemigos. Te define el hecho de no tenerlos y, caso de tenerlos, quiénes son. El no tenerlos, porque una persona sin enemigos es una persona que no asume responsabilidades ni adopta decisiones (que no se moja). “Fíjate si será buena persona, que no tiene enemigos”, es una frase con la que se pretende alabar a alguien y que, sin embargo, no tiene necesariamente resonancias positivas: ese alguien seguramente no ha dado nunca el paso para asumir un compromiso o, si lo ha dado alguna vez, ha ido dándole capotazos a los problemas hasta que, finalmente, han sido asumidos –resueltos o no, bien o mal– por otros.

Cuando uno asume responsablemente un cargo, por pequeño que sea –pongamos presidente de una comunidad de vecinos–, cuando uno se pone a disposición de otros, cuando uno levanta la mano y tiene el coraje de decir lo que cree que debe decir, no hay habilidad ni mano izquierda que valga para sacarlo de la crítica y del descrédito de algunos, por bien que lo haga. Es entonces cuando uno sabe quiénes son sus amigos de verdad y quiénes sus acompañantes advenedizos. El que dice “yo soy amigo de todo el mundo” ni sabe quiénes son sus amigos ni se ha metido nunca en responsabilidades. “No te metas ahí, que no vas a crearte nada más que enemigos”. O: “Tú qué necesidad tienes de buscarte problemas”, no son sino frases que definen a la mayoría de la población, que vive calentita y segura en esa madriguera amorfa que es la masa, dejando que otros piensen y decidan por ella.

Y nos define, también, la identidad de nuestros enemigos. Todos conocemos en nuestro pueblo, en nuestro barrio, en nuestra comunidad, individuos maquinadores, rencorosos, envidiosos, gente que va por ahí como si el mundo fuera de ellos, que no tiene respeto por nadie ni más límite que el que le dicta su santa voluntad. De ellos es preferible la crítica a la alabanza. A éstos es mejor tenerlos como enemigos que como amigos. Si la gente sabe que son nuestros enemigos, nos estimará, o al menos así debería ser.

No son los únicos, por supuesto, pero sí los más peligrosos, sobre todo si son desconocidos, éstos que nos estrechan la mano y nos dan palmaditas en la espalda, éstos a

los que no se les ve venir, porque ocultan su enemistad bajo la envoltura de la sonrisa y el halago, los que no denuncian cara a cara, sino que utilizan a otros o se valen del anonimato.

Los otros, los que no nos definen, son los enemigos que vienen a cara descubierta. A éstos uno puede hasta estimarlos, sobre todo si son inteligentes y respetan las reglas. En *Horizontes de grandeza*, aquella legendaria película de William Wyler que cuenta la historia de una enemistad y de un amor, uno de los protagonistas le dice a otro algo así: “Si hay alguien a quien estime más que a un gran amigo, es a un gran enemigo”. Así lo vivían los generales antiguos, con el espíritu deportivo de dos tenistas igualados, con la atracción destructiva de dos seres que se odian y, a la vez, se aman. No suele ser lo frecuente, quizá para nuestra desgracia. La norma es que los enemigos sean molestos como ortigas, pesados como moscas cojoneras y dolorosos como una astilla clavada en un dedo, y que de ellos sólo vengan a nuestras espaldas insultos y maledicencias.

Juan Bosco Castilla